**LO ÚNICO QUE ME QUEDA PARA DEJAR**

Que no,

que ni se equivocó la paloma,

ni el lagarto lloraba,

ni mucho menos todo pasa y todo queda.

Que llevo tres inviernos clavados en el corazón,

como cuando me clavas la mirada

después de tomar varias copas en el bar de al lado

y soltar varias carcajadas en la misma media hora.

Que no. Que tampoco puedo escribir

los versos más tristes esta noche

porque me estoy acurrucando a llorar

en una intimidad tan íntima concedida

que ni siquiera puedas percibirme.

Que por un beso tú lo que das

es una hostia de miedo

y mil razones para temblar,

porque no tienes ni idea

de que el sufrimiento ajeno,

nunca ha aliviado el propio.

Que nunca volverán las oscuras golondrinas

porque odian la ceniza

que voy dejando mientras me haces polvo,

en un lugar que no es la cama.

Que la princesa no está triste

porque nunca se creyó princesa,

aunque siempre te empeñaras

en subirla al cielo

para luego dejarla caer, rendida y sin alas.

Porque no. Porque mis ojos

no podrán cerrar la sombra

que me llevan hasta la maldita realidad

de vivir en la sucesión de unos días debatidos

entre querer dormir

y no querer que sea mañana.

Dejé por ti mis bosques, mi perdida arboleda,

y deje la poca razón que me quedaba

para no ser capaz de mirar a unos ojos

que un día fueron túneles de luz.

Ojalá yo muriera en París,

un jueves de cualquier tarde de otoño,

pero lo estoy haciendo esta noche,

bajo tus cobardes manos

y tu sucio sudor rozándome la propia piel.

Y yo ahora soy una rosa marchita

que no busca aurora, ni auxilio,

sino unos segundos más de aliento

que me permitan decir que escribir esto,

es manchar mi muerte de lágrimas,

al ver que lo único que me queda para dejar,

es dolor.